

Las calles como espacios públicos

(The streets as public spaces)

Herrera Ojeda, Rodrigo

Univ. de Barcelona. Dpto. Antropología. Baldiri i Reixac s/n.
08028 Barcelona

BIBLID [1137-439X (2003), 23; 513-528] Recep.: 23.05.02
Acep.: 19.08.02

Siguiendo la tenue línea de los estudios urbanos, el siguiente artículo se propone considerar las calles en tanto espacios públicos que expresan aquella socialidad hecha de relaciones interactivas que se caracterizan por su no perdurabilidad y circunsntancialidad. En relación a ello, se sugiere la posibilidad de acercarse a este ámbito a través del tratamiento de estos espacio-tiempos urbanos como ámbitos comunicativos, donde se expresan relaciones tanto entre los mismos transeúntes como entre ellos y el entorno construido.

Palabras Clave: Espacios públicos. Espacios urbanos. Calles. Interacciones sociales. Espacios comunicativos.

Hiriaren inguruko ikerlanen marra mehea jarraituz, kaleak, ez iraunkorrek eta zirkunstantzialak izatea ezaugarria duten harremanek moldaturiko soziabilitatea adierazten duten gune publiko gisa hartzea du helburu artikulua honek. Horri dagokionez, alor honetara hiriko espazio-denbora horiek komunikazio gune gisa hartuz hurbiltzeko aukera iradokitzen da, gune horietan bidezkoen beren arteko zein berorien eta eraikiriko inguruaren arteko harremanak adierazten baitira.

Giltza-hitzak: Gune publikoak. Hiri espazioak. Kaleak. Gizarte interakzioak. Komunikazio guneak.

En suivant la mince ligne des études urbaines, l'article suivant se propose de considérer les rues comme des espaces publics qui expriment ce caractère social fait de relations interactives qui se caractérisent par leur courte durée et leur imprévisibilité. A ce propos, on suggère la possibilité de se rapprocher de ce milieu à travers le traitement de ces espaces-temps urbains comme milieu de communication, où s'expriment des relations aussi bien entre les passants même qu'entre eux et l'environnement construit.

Mots Clés: Espaces publics. Espaces urbains. Rues. Interactions sociales. Espaces communitifs.

INTRODUCCIÓN

El título expuesto aquí es fruto de una investigación sobre la calle, desarrollada durante el año 2001. Y tal como está señalado en él, sobre las calles en tanto espacios públicos. Las elegidas, Pintor Fortuny y Hospital, están ubicadas muy cerca la una de la otra en el barrio el Raval de Barcelona, dentro del centro histórico de la ciudad. La metodología utilizada fue la del paseo, en palabras de Joseph, la caminata (Joseph 1999, 18).

Hay que reconocer que la elección no fue nada fortuita. En tanto una de las calles (Pintor Fortuny) había sido recientemente remodelada (Juegos Olímpicos '92) y la otra ha permanecido durante más tiempo alejada de la mano de urbanistas, la idea era ver cómo vivían ambas su propia cotidaneidad, aquel mundo de rutinas públicas, y en qué medida ambas proyectaban imágenes y ritmos sociales tan diferentes entre sí a pesar de su cercanía física. El centro neurálgico de la investigación era aquella tensión siempre vigente en toda superficie de ciudad moderna entre la arquitectura espacial, que crea determinadas formas urbanas, y los usuarios, quienes las utilizan y les dan vida. En alguna medida, es también la tensión siempre vigente entre la *polis*, la administración de la ciudad que busca el imponer ciertas formas de control social, y la sociedad urbana, aquella masa circulante que va estableciendo distancias con respecto a cualquier intento de intromisión en su devenir.

Pero en esta ocasión no quiero entrar en la exposición y el detalle de las conclusiones de aquel trabajo. Ha pasado algún tiempo ya y ahora más bien quiero aprovechar de dar un paso más allá, un paso teórico que incluso pretende poner en jaque el título mismo de esta comunicación. En efecto, pretendo en esta ocasión realizar un paseo, esta vez conceptual, que pasando por la delimitación de un espacio urbano, me lleve hacia lo que es la determinación de un determinado espacio comunicativo, o lo que es lo mismo, a la concepción de un espacio urbano como un espacio-tiempo fundamentalmente comunicativo. Tengo que reconocer entonces que esta comunicación expresa una suerte de estado de la cuestión, una suerte de momento intermedio entre la investigación realizada durante el 2001 y la tesis doctoral en proceso de realización. El tema de investigación no ha variado, siguen siendo aquellas dos calles, que bien podrían ser cualquier calle, o una plaza, algún lugar en donde también se palpara aquella nerviosidad tan propia de ciertos espacios-tiempos de las ciudades modernas. La cuestión que puede comenzar a variar es el tratamiento de aquella nerviosidad, la posibilidad de que sea, además de la expresión de aquello que llamaremos lo *urbano*, una instancia de concreción de un cierto nivel de sociabilidad de no poco valor; opaco quizá puede ser, pero vital sin lugar a dudas.

1. APROXIMACIÓN A LO URBANO

Pero vamos de a poco, paso a paso. Comencemos por acercarnos a eso que motivó la curiosidad en el París del siglo XVIII de J. J. Rousseau y que éste denominó como un torbellino social que transformaba la vida en la ciudad. Ello mis-

mo fue constatado más claramente un siglo más tarde por C. Baudelaire al referir a un ámbito de relaciones efímeras y cambiantes propias de la ciudad, y también por E. A. Poe al referir a historias de multitudes que se aglomeraban en una circulación continua hacia quién sabe dónde. Había algo ahí, algo que se percibía en el ambiente y que hacía que surgieran reflexiones acerca de aquella novedosa conjunción entre ciudad y sociedad que comenzaba a acrecentar la vida nerviosa del habitante ciudadano.

Siguiendo los mismos pasos en el mundo de las ciencias sociales Oswald Spengler, Max Weber y, en especial, Georg Simmel, dieron el puntapié inicial al siglo XX aproximándose temáticamente a la ciudad, no siempre de forma directa, aunque sí considerándola en relación a la vida moderna y las transformaciones a nivel social que implicaba. Fue lo que con posterioridad ha tendido a conocerse como la “Escuela Alemana” (Sennett 1969), y, de una u otra manera, los tres análisis dan cuenta de un elemento particular, novedoso, difícil de precisar, en relación a la vida moderna. Weber (Weber 1987) y Spengler (Spengler 1966) al referir a la ciudad, y la sociedad que en ella se cobija, dan cuenta, a su manera, y no sin una cierta dosis de perplejidad, de aquella efervescencia social anteriormente reseñada y asociada a la reunión de extraños que, en alguna medida, acompaña a la ciudad, al tiempo que está más allá de ella. “La urbe quiere que la ciudad sea como un mundo” (Spengler 1966, 121), decía Spengler, en alusión a un conjunto de relaciones y situaciones que escapaban a las formas tradicionales de organización social. “El aire de la ciudad hace libre”, era una frase recogida por Weber (Weber 1987, 40), inscrita en las puertas de las ciudades que formaban parte de la Hansa, y que también hacía referencia a nuevas formas de asociación y vinculación que surgían en las ciudades ante el debilitamiento de la comunidad doméstica o tradicional.

No es ajeno a esto que sus palabras denotaban ciertos temores en relación a los alcances de estas nuevas formas de aglomeración social, que a menudo se interpretaban como expresiones de un desarraigo espiritual y material incontrolado que podía volverse peligroso, o una vigilia de los sentidos que poco a poco volvíanse insensibles y se anquilosaban. Estaban en una encrucijada que en parte les hacía aplaudir y celebrar aquella libertad y potencia creativa que conllevaba la vida en las ciudades modernas, aunque no podían menos que mostrar ciertos recelos en relación a las nuevas formas de control social que la dinámica de la concentración de población implicaba que surgieran y se consolidaran.

Podríamos decir en todo caso que sus preceptos, más allá de las diversas lecturas y valoraciones que puedan hacerse, constataban algo, un acontecer mundano que escapaba a lo competente a la polis, la organización de la ciudad, y se vinculaba a otro nivel de la vida social, algo propio de una curiosa reunión de extraños en el espacio y el tiempo, expuestos a novedosas y curiosas formas de exposición y encuentro aún no del todo asimiladas. Para ellos ya es una realidad, aunque confusa y en cierta manera intratable conceptualmente dada su novedad, que la ciudad moderna alberga instancias en que la sociedad se constituye a partir de lo ambiguo, de una efervescencia de posibilidades de ser y estar que no parecen tener límites y que están más allá de la organicidad social.

En cierto modo Simmel fue más preciso en ello, o se interesó más por el tema en particular. Al constatar la importancia de las interacciones en la conformación de lo social, referir a la sociedad como un *acaecer* más que una sustancia, o al destacar el acrecentamiento de la vida nerviosa propio de la vida urbana a raíz de la gran cantidad de estímulos que el individuo recibía, a lo que aludía era a una nueva dimensión de la vida social, propia de la urbe, que necesariamente exigía nuevos arreglos, acomodados y premisas con las que enfrentar el día a día (Simmel 1998). Una nueva dimensión social que quizá tenga su máxima expresión en lo que él llamó los “territorios fronterizos” (Simmel 1986, 739), espacios no poseídos por nadie y que pueden ser ocupados por cualquiera; espacios inhabitados, neutrales, imparciales, que se concretan en la medida en que encarnan relaciones rutinarias, actuando como nexos, lugares de acción recíproca.

En estos espacios potenciales –que no existen antes de devenir sociales–, cambiantes y agitados, cobran forma expresiones como la actitud *blassé*, de sustancial indiferencia frente a la novedad y diversidad observada; la máscara, aquel sucedáneo de identidad que protege al tiempo que dinamiza el convivir con desconocidos; o la figura del extranjero, verdadera metáfora del urbanita en tanto individuo que está adherido a determinados entornos sociales de manera inorgánica. El extranjero es la representación de aquel que está, pero no sabe hasta cuándo, que se caracteriza por su movilidad y por representar una particular síntesis entre proximidad y distancia que le permite estar al mismo tiempo dentro, fuera y enfrente de la escena social.

Aquella ambigüedad de ciertas expresiones de la vida social vislumbradas por Weber y Spengler vemos entonces que con Simmel adquiere mayor profundidad. La vida urbana implica, además de un quiebre con las formas de organización tradicionales, un surgir de ciertos ámbitos en donde las relaciones sociales se vuelven más precarias, impersonales, compuestas por fragmentos de secuencias interactivas discontinuas que se suceden aparentemente sin orden alguno en medio del anonimato de sus participantes. La ciudad misma, en su crecimiento, reproduce estos espacios en donde las adherencias serán circunstanciales, y en donde la convivencia y la cooperación estarán determinadas por gestos mínimos, microacuerdos basados en la inmediatez y complejidad de la copresencia inevitable.

Entre los muchos que se dejaron influir por las ideas y perspectivas del sociólogo alemán hay que destacar a Robert Park, periodista americano más conocido por ser posiblemente el gran motor y catalizador de aquella efervescencia investigadora que sacudió a la Universidad de Chicago desde la segunda década del siglo hasta finales de la década del '30, y que actualmente se conoce como la escuela de sociología de Chicago o la escuela de ecología urbana de Chicago¹.

1. Una posible lista de quienes pertenecieron a esta escuela o quienes no, creo que no terminaría nunca de constituirse, a despecho de que quizá siempre quedara alguien fuera. Lo cierto es que entre aquellos años se hicieron gran cantidad de estudios monográficos, y entre los nombres que han sobresalido, por diferentes circunstancias, habrá que mencionar, además de al mismo Park, a Nels Anderson, Roderik Mackenzie, P.G. Cressey, W.C. Reckless, E.F. Frazier, Clifford Shaw, Frederic Trasher, Harvey Zorbaugh, Ernest Burgess y Louis Wirth. No debería olvidarse también a William Thomas, a quien también puede situarse en el origen de todo al ser quien llevó a Park a Chicago.

A través de sus infatigables pesquisas etnográficas estos verdaderos etnógrafos urbanos expusieron aquellos aspectos frágiles, intermitentes y superficiales de ciertas relaciones sociales en la ciudad. Aquellas intuiciones y reflexiones en abstracto de los sociólogos alemanes ahora se vieron reflejadas en historias de vida, entrevistas, investigaciones en donde la observación participante había sido la herramienta privilegiada para recopilar información. Y la influencia simmeliana puede notarse en la manera en que evidenciaron que la vida urbana se componía en parte de nuevas formalizaciones en lo relativo a los vínculos sociales, en donde se reproducían otras formas de compromiso con los demás (y con uno mismo también) de acuerdo a lo circunstancial, en donde “todo el arte de la vida se reduce esencialmente a deslizarse sobre superficies quebradizas” (Park 1999, 79). Pero también siguiendo premisas durkheimianas, advirtieron, y habríamos de decir nuevamente no sin temores, como esa efervescencia social continuada escapaba a una lógica de la continuidad y la permanencia, por lo que la estructura social no podía entenderse sin fracturas, sin aquellas regiones intersticiales en donde la coherencia del poder formal y el orden no llegaban. Eran, a su modo de ver, las fuerzas desintegradoras de la comunidad, que actuaban sobre una población de riesgo que su misma dinámica generaba, que quedaba desperdigada por los márgenes del sistema, abandonados a su suerte y a la degradación moral.

Innegablemente he ahí la gran contribución de estos etnólogos urbanos: al materializar aquella “otra” ciudad, la poseída por las fuerzas de lo inestable, lo circunstancial que va haciéndose sobre la marcha, dieron cuenta de forma definitiva de la existencia de una realidad que, surgida de las fauces de los procesos de urbanización, ya había terminado por superar a la misma ciudad como entidad morfológica. A partir de entonces se pueden apreciar distintas ópticas a través de las cuales mirar la ciudad. Una de ellas nos interesa particularmente; es la reafirmada por H. Lefebvre y su idea de que hay algo que está más allá del crecimiento de la piedra y el cemento, algo que es más que una simple oposición a lo rural, en definitiva, que lo *urbano* es más que la ciudad, es un fenómeno que la trasciende.

Entremedio de los chicaguenses y el sociólogo francés hubo, es verdad, lo que podría señalarse como desarrollo de una antropología, o una sociología urbana. Pero también es verdad que estas iniciativas, particularmente en el terreno de la antropología, en su mayoría tendieron a seguir las huellas que sus maestros de los años '20 dibujaron como más estáticas, más estructurales y, por tanto, mejor definidas, de la vida moderna en la ciudad. Todo aquel ámbito de agitación permanente, de relaciones fugaces, ambiguas y superficiales, propias del tránsito por las calles, una simple cola en un supermercado, una copa o una comida en un bar, cayeron en una suerte de abandono, como territorios vacíos, inocuos, carentes de significación social, ajenos a la socialidad que por el contrario sí se consideraba que exhibían las relaciones barriales, vecinales, de trabajo, de reivindicación étnica o de cualquier identidad “profunda” que se volvía manifiesta en la ciudad. El interés en la vida citadina por parte de la antropología siguió en alguna medida la dinámica que había seguido la disciplina en sus otras esferas de interés tradicional, asumiendo el antropólogo el

papel de observador privilegiado y “cómplice en el rescate” de aquellas formas sociales y culturales condenadas al olvido, desprecio o abandono en el duro trance del avance de los procesos de modernización y sus en ocasiones devastadoras consecuencias. Así es como se puede apreciar el desarrollo de una antropología urbana claramente comprometida con ciertos actores sociales y dispuesta a poner sobre la mesa aquellos temas relacionados con aquellos que se han quedado sin voz, y por ello caídos en desgracia, como una manera de denunciar la falacia de algunas promesas y profecías no cumplidas de la modernidad.

Se entiende en esta medida su nulo interés en aquel ámbito social carente de personas o colectividades fácilmente delineables, sino que compuesto más bien por una muchedumbre anónima que no se queda, que se agrupa tan pronto como se diluye, que no reivindica nada, que sólo cruza. Pero así también, se entiende bastante bien el expresivo llamado de Lefebvre a reclamar el “derecho a la ciudad”, ante lo que consideraba la parsimonia general de unas sociedades que no terminaban por asimilar el impacto del avance de una nueva disciplina científica como el urbanismo que parecía pretender hacer desaparecer de la vida cotidiana, tanto a las personas como a las colectividades, a los actores sociales o a las muchedumbres.

En efecto, señalemos que el llamado de Lefebvre es ante todo contra lo que él denomina la “ilusión urbanística” (Lefebvre 1972, 1975); aquella ideología que olvida que el espacio es fruto de la producción social, operando contra él exclusivamente para dominarlo y sacarle beneficio, oprimiendo si es necesario al usuario, al participante, al simple habitante, transformándolo en un mero consumidor de mercancías puestas previamente en circulación. En su crítica de lo que considera la imposición de los deseos de la clase dirigente y los administradores de la ciudad, no duda en resaltar la importancia de lo *urbano* y la sociedad urbana. Frente al orden y la homogeneidad que pregonan unos, vislumbra un espacio-tiempo ajeno a los avatares del poder político que se expresa en la concreción, a través de la *praxis* social, de la simultaneidad, de la conjunción de las diversidades, del encuentro-desencuentro intrínsecamente comunicativo entre los habitantes de la ciudad. Frente a la necesidad de controlar a la sociedad de unos, señala la importancia de aquellas instancias colectivas en donde la norma es la aglomeración que se agita, el desequilibrio, la disolución de las normalidades en medio de una imprevisibilidad en que nadie puede reclamar el control.

La sociedad urbana, superación de la sociedad industrial, se apodera entonces de diversos espacios públicos, tales como calles, plazas o cafés, haciendo prevalecer el valor de uso del espacio por sobre su valor de cambio (Lefebvre 1969, 1972) expresando en él a través de la *praxis* toda su potencialidad socializante, que conduce inevitablemente a la aglomeración, la relación de diferencias, la confusión creadora, la simultaneidad que acumula todos los contenidos diversificados. En estas calles, plazas o cafés, en ese desorden vivo que informa y sorprende, la sociedad urbana también se refleja a sí misma, a través de sus ritmos de circulación –no impuestos por nadie–, y

aquellos códigos, símbolos, disposiciones y flujos de información que circulan, o en su particular manera de apropiarse de un espacio físico transformándolo en social. Es que allí la sociedad acaece, por decirlo en términos simmelianos. Deviene formas en base a la concentración, la dispersión, el conflicto y el consenso; formas que no perduran y que en gran medida se improvisan sobre la marcha, pero que son fruto de sus gestiones autónomas, son autorreferenciales, y en ese sentido, constituyen una suerte de meteorología del vínculo social.

En mi investigación, la calle Hospital, una calle con una historia que corre casi en forma pareja a la de la ciudad desde sus orígenes, constituye un excelente ejemplo de lo mencionado por Lefebvre y vislumbrado anteriormente por Simmel o los etnógrafos de Chicago. Una calle nerviosa, plena de gentes que circulan, entran o salen de tiendas y bares; olores que desprenden tiendas de cuero y restaurantes con sus puertas abiertas a la calle; sonidos de los coches que circulan a no demasiada velocidad, el rumor de los que hablan, la música que sale de algunos locales comerciales.

Un ejemplo claro de su particular condición lo constituyen sus aceras. Éstas, angostas y desvencijadas por el paso del tiempo y los pies de tantos, parecen no tener claramente delimitados sus límites, tanto hacia la calle misma por donde circulan los coches, como hacia los locales comerciales que se abren a su paso. Repetidamente se puede ver entonces, tanto coches estacionados sobre ellas –coches de descarga, de estadia momentánea–, así como también individuos a la salida de los bares y tiendas, ya sea charlando con alguien o simplemente observando. Las aceras tienen un uso diversificado determinado por las circunstancias, de descarga de objetos, de encuentro de personas, de reposo, de intereses de algún transeúnte que mira detenidamente un escaparate. Las formas que ellas acogen cambian constantemente, por lo que es imposible hacerse una idea de conjunto permanente, que quede fijada. El caminar está lleno de sorpresas, giros impensados, relaciones que no alcanzan a ser, entremedio de personas de género, edad y aspectos distintos que en tanto unos conversan, otros barren, otros fuman, otros simplemente miran. El caminar por ahí es un caminar atento, aunque disimulado; atento porque hay que ir pendiente de los cambios que se suceden en el espacio que se atraviesa, y, disimulado, porque ello se realiza discretamente, sin llamar mayormente la atención, sin reproches a lo sorpresivo.

En este contexto también podríamos hacer alusión a la pequeña plazoleta del Calonge Colom, una esquina abierta en la práctica que entre sus viejas aceras acoge un pequeño y descuidado monumento, además de las mesas de dos bares en los tiempos estivales. Ambos están situados al otro lado de la calle, por lo que ésta se ve convertida cada día en un pasillo por el que cruzan los meseros con sus bandejas con cervezas, carajillos, cacaulats y bocadillos desde el interior de los bares a las terrazas. Más aún, no menor es el detalle de que el mesero de uno de los dos bares no lleva ningún distintivo que lo haga reconocible entre el resto de los transeúntes. Sólo es posible advertir quien es al entrar él dentro del campo de acción de quien se sienta en las

mesas y espera ser atendido, o al ver que se repite quién lleva y trae vasos, cambios de dinero o un paño para limpiar las mesas. En gran medida, su ir y venir se inscribe en el ir y venir de la masa que discurre por el mismo lugar, compagina sus movimientos con los de ésta, al igual que cualquiera, al igual que todos los demás transeúntes.

Siguiendo apreciaciones como estas las conclusiones de la investigación tendieron a relacionar esta expresión de urbanidad con el urbanismo como ciencia. Hospital, calle masiva y diversificada en su acoger de personas, es una calle que no ha sido tocada por los impulsos reformistas que desde hace algún tiempo intentan abrir las ciudades a la luz de la serenidad. Por eso, más que nada, su ritmo y conformación de rutinas estarían asociadas al devenir mismo de los usuarios en el tiempo, una discontinuidad de intereses y contingencias que han ido dando vida y forma a la calle, no ajenos incluso a los posibles conflictos y desaveniencias que ello implica. En este sentido es que también se ubica a una gran distancia, que no es física, de Pintor Fortuny, la otra calle estudiada. Ésta, reformada recientemente, extrañamente acoge menos gente en sus aceras –anchas ellas y correctamente diferenciadas de la calle por donde circulan los coches–, sus comercios no tienden a tener esa misma fluidez con el exterior, y el silencio es un rasgo que pasado un rato se hace notar. Todo ello incide en que la circulación por allí es notoriamente más expedita. Y en parte ello se debe a que los rasgos de lo *urbano* antes mencionados, tales como la imprevisibilidad y la ambigüedad de lo precariamente establecido, allí tienden a diluirse, a evaporarse en medio de señalizaciones y formalizaciones correctamente orientadas a crear la menor cantidad de interferencias posibles en la circulación, ya sea de coches como de personas.

En definitiva, en mis conclusiones no pude más que sentir empatía con el llamado de Lefebvre a recuperar lo *urbano* en tanto rasgo de vitalidad de la sociedad y a compartir con Sennett (Sennett 1991) la idea de que el urbanismo de hoy está imbuido de postulados propios de una ética del espacio protestante, en su afán de crear espacios clarificados, correctamente organizados, previsibles, que tiende a borrar las expresiones discontinuas allí donde se den, espacios mejor planeados que habitados. Pintor Fortuny es el producto de aquel espíritu. Una calle, digamos que eficiente, a costa de neutralizar el espacio e instalar el movimiento como derecho absoluto, que permite un desplazamiento sin mayores resistencias por entremedio de formas urbanas que reflejan nexos claros y evidentes entre sí. Esta neutralización bien puede ser entendida como una forma de establecer un control social bastante intenso, aunque no del todo manifiesto. Una forma de control social que, nuevamente siguiendo a Sennett (Sennett 1997, 2002), se ampara en el embotamiento de los sentidos en los espacios públicos, como si tuvieramos que aprender a desconfiar de ellos y, a través suyo, a desconfiar de nuestra propia capacidad simbólica para crear y recrear espacios socialmente significativos a través de nuestras propias percepciones. Y aquí es donde recojo el testigo de la investigación desarrollada, ahora desde una nueva perspectiva.

2. ESPACIO PÚBLICO COMO ESPACIO COMUNICATIVO

Visible y transparente, disponible a más no poder a las apariencias de la superficie, la sociedad urbana escribe su devenir en lugares como la calle –esa misma calle en que se suelen perder los urbanistas–, porque constituye ésta un punto de contacto en donde se mezclan y participan toda clase de gentes, que se diferencian a través de múltiples signos casi imperceptibles, pero que se igualan en los continuos intercambios informativos que imprescindiblemente cada uno debe realizar, en último caso para no chocar con los demás, para señalar una ruta o para indicar una presencia. Es cierto, ahí no hay más que una masa, una muchedumbre que se desliza como un rumor; pero en el que cuando uno ingresa, se adapta a sus condiciones, en un estado de vigilancia insomne en el que prima el drama, la convergencia del arte de las apariencias y la palabra de circunstancia (Joseph 1988).

Es esta cualidad dramática la que se restituye a cada segundo en el devenir de lo público, proponiendo una base sobre la cual se configuran las coreografías de andantes que, sin guión previo, se escriben supeditadas a una suerte de caos que se autoorganiza. En este sentido cabe suponer a este espacio-tiempo de lo *urbano* –que se sitúa por momentos en las calles, en las plazas, en los cafés, bares, la misma playa o una sala de espera–, como un ámbito por sobre todo de la comunicación, en donde la exposición y la expresión, de todos ante cada uno y de cada uno ante todos, no se separan, no pueden distinguirse. Nunca dejan de haber intercambios en un lugar como la calle, ella misma se hace forma a través de las múltiples travesías que acoge, en esa circulación que pareciera no estar hecha de nada, ser simplemente movimiento, pero que también sin duda acoge diversos lenguajes que se cruzan, superponen, en medio de un continuo juego de acercamiento y distancia que vincula a momentáneos participantes.

Aquí encontramos un punto, minúsculo y fluctuante, en donde podemos hacer participar a la perplejidad weberiana y spengleriana, el acaecer interactivo simmeliano, la intersticialidad de los chicaguenses y la simultaneidad de Lefebvre. Porque esta curiosa reunión de extraños que acogen ciertos espacios urbanos públicos, no ocurre en un vacío, sino que alberga diversas formas de adaptación, juegos de interpretaciones de contextos y cooperaciones que, a costa de relativizar al sujeto individual, reafirman la relación dialógica que se establece entre el espacio y quien lo cruza, o entre quienes lo cruzan. En este sentido se explica que este acontecer de lo *urbano* hace “sociedad”, es socialización pura en la medida en que a través de poner en juego sus particulares principios de interacción, que permiten aquel intercambio comunicacional constante, determinan la construcción y autogestión de una realidad social.

Erving Goffman, heredero tardío del trabajo chicaguense, supo sacarle singular provecho a este soporte de lo *urbano*, cual es la interacción social. Su microsociología bien puede entenderse como una ojeada a la estética de la asociación, especialmente cuando es dirigida a aquellos ámbitos de las rela-

ciones en público; relaciones entre desconocidos que se topan, se cruzan, pero que prontamente se separan, se alejan sin más; relaciones situacionales en las que desconocidos pasan a ser físicamente accesibles los unos a los otros².

El estudio del orden social de Goffman nos interesa en la medida en que las interacciones sociales en público constituyen una trama de un cierto nivel de las relaciones sociales, fundándose en normas y reglas igual como lo hacen instituciones como el Estado o la iglesia. Como estas interacciones a menudo aparecen tan naturales –revelan el funcionamiento de lo obvio en palabras de Wolf (Wolf 1994, 25)–, ni quienes las realizan ni quienes las observan suelen mostrar mayor interés en ellas. Goffman se instaló en estas interacciones cotidianas seguro que en su descomposición en exhibiciones, adaptaciones, reglas sancionadoras, arreglos circunstanciales, correcciones y mantenimientos, era posible llegar a delimitar un campo normativo que rigiera la vida cotidiana, reglas que indicarían las pautas de interacción correctas sabiendo que “hay un tiempo y un lugar para cada cosa” (Goffman 1994, 290).

Al construir una teoría alrededor del “orden” de las interacciones, lo que hace Goffman es sacar a este tipo de relaciones de su dependencia en los individuos que en ellas participan para considerarlas como sistemas autónomos, independientes de los individuos que las actualizan. Éstas son una materia en sí mismas compuesta por unidades vehiculares –cuerpos que se desplazan–, contactos, encuentros conversacionales, reuniones, representaciones y celebraciones sociales que tienen sentido exclusivamente como partes de una situación específica –un contexto– que les da significado. Es un juego situacional, amparado en la implicación de cada interactuante que está obligado a dar ciertas luces a través de acciones acerca de quién es y qué se desea, en una dinámica interpretativa en el que las definiciones estarán dadas por las reglas de la copresencia sin que haya una entidad ajena y superior que las otorgue.

La identidad social aquí se vuelve problemática, en el sentido de que el parecer se antepone al ser. Llevado por la necesidad de asumir la propia presencia y la de los demás, cada quien adopta en público una particular forma de compromiso comunicativo, otorgando, a través de señales, poses y actitudes, información codificada al resto, con el fin de que el juego interactivo se desarrolle sin sobresaltos y de que no suceda ninguna “escena”. Los posibles quiebres comunicacionales, las desviaciones e incorrecciones, son parte del engranaje del

2. También la obra goffmaniana puede considerarse una parte, un eslabón teórico, de aquella “universidad invisible” que se conformó en la norteamérica de la postguerra y que tuvo en la comunicación su eje central. Alrededor de la hipotética existencia de esta universidad invisible, podemos aglomerar a diferentes antropólogos, sociólogos y psiquiatras que, no contentos con las explicaciones vigentes en torno al fenómeno de la comunicación, ensayaron nuevas rutas y perspectivas que vieron la luz, por ejemplo, en la teoría del “doble vínculo” de Gregory Bateson, el “lenguaje de expresión corporal” de Ray Birdwhistell o el mismo “orden de la interacción” goffmaniano; todas iniciativas que apuntan a la comunicación como la matriz en donde se encajan todas las actividades humanas (Winkin 1994).

ritual de comportamiento público, al igual que las interpretaciones y las maniobras correctivas. En torno a ellos se delimitan los “signos de vinculación”, los “intercambios de apoyo”, los “intercambios correctores”, el “entorno corporal inmediato” –el *umwelt*–, la “alarma” o la “reserva”, todos conceptos goffmanianos que intentan dar cuenta de aquella dinámica de relaciones comunes, cotidianas, aparentemente intrascendentes (Goffman 1979).

La vida urbana se presenta en estos términos como una figura compleja. Acciones tan rutinarias y aparentemente carentes de sentidos y carga simbólica como el tránsito peatonal, en la práctica ya implican un nivel en el que intervienen definiciones relacionales que han de ser negociadas, marcos reguladores a ser definidos de acuerdo a las circunstancias. Asimismo, la perspectiva goffmaniana nos adentra en un mundo donde la personalidad concurre en base a fragmentos a su condición de total exposición a los demás. El orden de la interacción no concibe que los individuos que lo actualizan converjan con una identidad inmanente anterior, fija e indivisible. En el espacio público sólo hay papeles –o roles– que se adecuan a determinadas tramas y que están orientados por un contexto que les otorga rango de convenientes o inconvenientes. De acuerdo a ello se sitúa la ritualización de la experiencia pública, para indicarnos que este orden interaccional –que en gran medida impide el estallido en la simultaneidad–, está constituido por un conjunto de reglas y normas de convivencia reguladoras que permiten la reproducción de los momentos indistintamente de los hombres.

El mérito de esta microsociología es la búsqueda de la unidad en lo diverso. A partir del énfasis en las condicionantes interactivas de cualquier relación en público, por más estrecha e insignificante que parezca ésta, podemos adentrarnos en aquel mundo de lo *urbano* sin caer en la desesperación ante aquella misma diversidad de estímulos que ya Simmel detectaba que existía en ciertos momentos y ciertos lugares de las metrópolis. Porque en aquel ámbito existen, por tanto, pautas de comportamiento que se cumplen al igual que también existen reglas que permiten y delimitan lo que se entiende por comunicación, esa necesidad de establecer “una continuidad vital previsible” (Birdwhistell 1979, 23). En este sentido, se reconoce que las relaciones en público están pautadas porque la comunicación humana funciona en base al establecimiento de pautas que buscan la coadaptación entre los individuos. Más aún, incluso el aprendizaje es algo que está reglado, aprendemos a aprender y también aprendemos a aprender cómo no aprender, por lo que el proceso de socialización se entiende como un continuo de asimilación de pautas entrelazadas y modificadoras que nos permiten entender la forma que tiene nuestra sociedad de concebir y experimentar el universo (Bateson 1976). En otras palabras, el individuo debe aprender a comportarse de la forma adecuada que permita a los demás miembros del grupo reconocer y prever su comportamiento. La sociedad actúa como un sistema mediante el cual se calibra el comportamiento de tal modo que la existencia no sea un constante y agotador proceso de ensayo y error (Birdwhistell 1979).

Lo interesante de esta historia en todo caso no está en que permite el desglose y clasificación de todos los movimientos, voces, tonalidades y gesticula-

ciones que un espacio urbano puede acoger en un tiempo determinado, y así revelar hasta el detalle el funcionamiento de una sociedad. Naturalmente que ello es prácticamente imposible de conseguir –y en caso de serlo, creo que sería una pesadilla–. Más bien es la reivindicación de la importancia del contexto, de los contextos, en tanto delimitan la realidad del grupo social. Por cuanto en ellos están los modos de cómo se percibe y puntúa lo que sucede en el universo, ellos son los que determinan el comportamiento de las personas. Por eso es que el fenómeno comunicativo también excede la mera palabra hablada o escrita e incluye los silencios, las posturas, gestos, movimientos y miradas, que también expresan, y por tanto, están sujetos a la interpelación, forman parte de la interacción, se someten a determinadas pautas interpretativas.

Aquí debemos detenernos un segundo para sacar a luz una discusión que enriquece el marco conceptual que tratamos. Guarda relación con ciertos énfasis en ciertos aspectos involucrados en la dinámica interaccional. El modelo de Goffman ponía el acento en el “orden” interaccional, un orden que parecía gestarse de antemano en algún rincón oculto del universo y que no parece cuestionarse ni sufrir mayores percances. Las ambigüedades y falsas interpretaciones no incidirían en el desarrollo del modelo de relaciones porque estarían aisladas de la vida cotidiana –para eso están los manicomios, las cárceles o los asilos–, o entrarían como desajustes, imperfecciones que son rápidamente corregidas, invertidas para ser devueltas al cauce normal interactivo. El equilibrio y la estabilidad son fundamentales para la concreción de esta secuencialidad de microrelaciones, constituyen la base sobre las que éstas se construirían. En este marco, los papeles, o roles sociales, en las diversas situaciones se entenderían como acciones balanceadas, motivadas por la necesidad fundante de “hacer lo correcto”.

A diferencia de ello, si el énfasis lo situamos en el nivel de la diversidad de posibilidades interpretativas que entran en el juego relacional, tenemos un panorama más complejo y difuso. Asumiendo, como Bateson, que toda conducta es comunicación –que es imposible no comunicarse, en palabras de Watzlawick (Watzlawick 1983)–, la realidad creada se vuelve más inestable, más sujeta a vaivenes y fluctuaciones, producto de la variabilidad en las acciones y reacciones que están vinculadas a determinadas pautas. Los malentendidos, los quiebres y confusiones de las tramas interactivas son instancias que participan activamente en la conformación de una realidad siempre variable y cambiante. Se relativiza así el elemento sancionador de la teoría goffmaniana, en tanto actitud correctora que responde a una realidad configurada ajena a la experiencia, y los quiebres y desajustes interactivos se sitúan como partes de un proceso de configuración de la realidad más conflictivo, y siempre en el nivel de “gestación”, que incluye fuerzas de innovación –que rompen con el orden establecido llevándolo hacia sus límites–, que se combinan con fuerzas de integración y estabilización –que llaman a la asimilación, repetición y sedimentación de prácticas y conductas–.

Aquellas escenas estáticas expuestas por Goffman como ejemplos del orden de la interacción –mínimas miradas inoportunas que causaban cierto estupor en

el observado, errores en la etiqueta en algún acto masivo, risas demasiado expresivas en alguna fiesta privada, etc.-, podrían verse también como tramas dinámicas y experienciales por cuanto incluyen, además de la variable del espacio, la del tiempo, el discurrir en medio de posibilidades y en donde los arreglos de circunstancias también son fruto de las fuerzas de lo aleatorio y lo imprevisible. Es la constatación en cierto modo de que existe un guión, pero que ese guión no está escrito, sino que va escribiéndose. De esta manera, no es que el orden social sea producto de una determinada morfología social que vuelve funcional cada elemento de la estructura, sino más bien es que para comunicarnos necesitamos ordenar los estímulos que recibimos, que no están sujetos a ningún orden u organización previos. Percibimos diferencias –diferencias sobre diferencias–, pero nuestra condición de seres sociales nos obliga a encontrar regularidades en esas diferencias.

Como todo este proceso es en gran medida inconsciente, lo que vemos finalmente es una realidad punteada, pautada, en gran medida olvidando que en su configuración han participado tanto la necesidad como el azar. Aquello que no ha sido reglado queda como ruido, un ruido que muchas veces confunde y altera, y que obliga a redefinir las situaciones sobre la marcha. Goffman intentó aislar el ruido por considerarlo no significativo en la estabilización de las tramas sociales. Hasta cierto punto yo discreparía en este punto. Creo que las fuerzas del desorden también participan en la conformación y consolidación de las pautas de comportamiento social. Una mirada indiscreta, una risa demasiado expresiva, pueden resultar lo suficientemente ambiguos y desestabilizadores como para que la no restitución rápidamente de un marco relacional adecuado –en lo que puede ser unos segundos, unos minutos o más quizá–, permita la creación de otro y de límites difusos y de alcances imprecisos. Ese ruido que Goffman aisló quizá sea mejor asumirlo como parte de la configuración de la realidad; el ruido puede ser una forma de manifestación del tiempo en todo lo que éste tiene de discontinuo e imprevisible.

Podemos incluso ir más allá y postular este conjunto de relaciones que se dan en los espacios públicos –y que representan lo que aquí hemos venido señalando como constitutivos de lo *urbano*–, como un espacio-tiempo donde cobran inusitada vigencia las energías entrópicas en la creación del orden visible. Las rupturas, fragmentaciones, fluctuaciones y elementos inestables que participan en su organización, rutinariamente suprimidos en pos de producir aquella imagen conocida –y reconocible–, no amenazan su existencia, sino que son su posibilidad misma, en el entendido de que en este conjunto de relaciones lo que prevalece es una inestabilidad dinámica. Es la posibilidad de que existan formas de organización lejanas a los estados de equilibrio, ricas en evoluciones impredecibles, que se caractericen por sus relaciones no lineales entre causas y efectos, y abiertas al cambio, un cambio hecho a base de nuevas pautas de organización que van aglutinando significados y orientaciones hasta llegar a ser redundantes y pasar inadvertidas, ser “naturales”.

Y ciertamente que las calles, en tanto espacios públicos, con sus gentes moviéndose en un aglutinarse y dispersarse efervescente, pueden acoger simul-

táneamente variadas de estas formas de organización. Por dar un ejemplo, en la calle Hospital de Barcelona se da esa disponibilidad simbólica esparcida en un espacio delimitado que se articula en la medida en que los usuarios lo necesitan para quizá desvanecerse después. En la medida en que algún caminante en su atravesar pone en relación el gesto de cruzar la calle con la frenada del coche que se aproxima, y ello con el gesto de mirar hacia atrás de quien está sentado en la terraza del bar tomando una cerveza y sintió la frenada y la mirada que aquél intercambiaba en ese momento con aquel otro transeúnte que cruzaba y que se sintió observado. Esa trama, mínima y efímera puede dar lugar a otras conexiones que están fuera del alcance predictivo de sus mismos participantes, o bien puede diluirse en el tiempo. Nadie lo sabe de antemano, nadie puede saberlo. Lo más es que cada quien casi de forma inconsciente depositará mucha confianza en que los otros no se excederán en su participación y que cada quien interpretará también la secuencia según sus parámetros, aunque se reservará de exponerlos si es que no se hace necesario y prevalecerá el atenerse a la pauta que colectivamente vaya configurándose en aquel “espacio de tiempo”.

Igualmente, podemos advertir como en el caso de la calle Pintor Fortuny las posibilidades de interactuar con el entorno o con los demás están reducidas a un mínimo. La ordenación del paisaje es tan clara y espaciosa que todo aquel universo de señales, gestos, advertencias y señalamientos casi inapreciables pero vinculantes al fin y al cabo, en buena parte están de más, no son necesarios. Las aceras son anchas y hay mucho espacio entre unas personas y otras, y su delimitación con respecto a la calle es tan clara que nadie por aquel lugar destinado a los coches. Los signos que aquí predominan son los pasos de zebra, los letreros de no aparcar, la misma demarcación que separa la calle de las aceras; todos signos que operan en una sola dirección, información que se envía y se asimila sin ambigüedades. Transitar por esta calle entonces sí que es fácil, pero poco estimulante; hay poco que descubrir, mucho que aceptar como impuesto de antemano. Lo *urbano* ha retrocedido aquí en provecho de una regulación de las posibilidades comunicativas de los potenciales usuarios, quienes ven hipotecadas sus opciones y estrategias de hacer frente a la copresencia, en virtud de una idea de orden que rehuye de las interferencias, la confusión, que pareciera temer al despliegue de la muchedumbre.

Podríamos acabar por sugerir finalmente que el espacio público no es entonces el objeto de estudio. Y no lo es porque el espacio por sí mismo no es un objeto, sino que surge como tal en cuanto se le incorpora tiempo, y con él, relaciones entre individuos, interacciones, movimientos y cambios en el discurrir de las formas. Por eso también al hablar de la calle como espacio público no se está definiendo la totalidad posible de lo que es una calle, que ciertamente es mucho más que eso. Sólo se está haciendo alusión a aquellas secuencias de relaciones que ocurren en ciertos espacios de las ciudades, ciertos momentos, y que están regidos por ciertas pautas que se consensuan y se autoconvalidan, en parte porque se necesitan, en parte por las fuerzas de lo aleatorio. El objeto de estudio más bien sería aquella confluencia, esa unidad integrada por elementos que no pueden entenderse a cabalidad de forma separada: espacio-tiempo-cuerpos-movimientos, ligados entre sí por las tramas que urde la comunicación.

Paralelo a esto, no se puede olvidar de que existen, incluso simultáneamente, otras configuraciones que operan en el mismo espacio, por lo que para algunos éste puede estar determinado por ciertos usos, funciones o roles sociales, deviniendo territorios, lugares de reafirmación de algo, de alguien. Esta realidad no es que se contraponga a la que se ha venido discutiendo aquí, ambas no se excluyen ni son incompatibles. Se superponen, conviven, creo que en base a delimitaciones frágiles y ambiguas, adaptables, a veces no del todo visibles.

Lo que pasa es que aquí indudablemente que incluimos una reivindicación: la ciudad, antes que las intervenciones de un gobernante, es sociedad; es previa a lo político, es urbanidad. Y es anterior a lo político en tanto fenómeno comunicacional que tiene su particular dinámica. La “desatención cortés”, la “reserva”, las “apariencias normales”, los “arreglos de conveniencia”, las “situaciones de alarma” e “intercambios correctores”, no son más que expresiones de un ritual que necesita proteger a sus participantes de esa mutua exposición y accesibilidad a que se ven sometidos en tanto atraviesan la puerta de su casa u oficina y emprenden el viaje hacia algún otro sitio. Ese viaje que es todo atravesar, cruzar de un punto a otro; en que cada uno defenderá su posición como transeúnte anónimo que está dispuesto a esa sociabilidad precaria en virtud de mantener su condición de extranjero; que está, pero no sabe hasta cuándo, que participa, pero no de forma completa, que sólo aspira a fundirse en la indistinción. Y he ahí el encanto de lo *urbano*: vuelve trivial una lógica de la interacción que es vacilante y problemática, llena de ambigüedades; que cohesiona, pero no en base a la coherencia, sino que en base a la socialidad, esa potencia que llena el vacío.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUDELAIRE, Charles (2000): *El pintor de la vida moderna*. Colección de arquitectura, Murcia.
- BATESON, Gregory (1976): *Pasos hacia una ecología de la mente*. Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires.
- (1982): *Espíritu y naturaleza*. Amorrortu, Buenos Aires.
- BERMAN, Marshall (1995): *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI, México.
- BETTIN, Gianfranco (1982): *Los sociólogos de la ciudad*. Gustavo Gili, Barcelona.
- BIRDWHISTELL, Ray (1979): *El lenguaje de la expresión corporal*. Gustavo Gili, Barcelona.
- COULON, Alain (1992): *L'école de Chicago*. Press universitaires de France, París.
- DELGADO, Manuel (1999): *El animal público*. Anagrama, Barcelona.
- GOFFMAN, Erving (1991): “El orden de la interacción”, en: Winkin, Y. (comp.), *Los momentos y sus hombres*, Paidós Comunicación, pp. 169-207.
- (1979): *Relaciones en público. Microestudios del orden público*. Alianza editorial, Madrid.

- HANNERZ, Ulf (1993): *Exploración de la ciudad*. FCE, Madrid.
- JOSEPH, I.; GRAFMEYER, Y. (1990): *L'ecole de Chicago. Naissance de l'ecologie urbaine*. Aubier, París.
- JOSEPH, Isaac (1988): *El transeúnte y el espacio urbano*. Gedisa, Barcelona.
- (1999): *Retomar la ciudad. El espacio público como lugar de la acción*. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.
- LEFEBVRE, Henri (1969): *El derecho a la ciudad*. Península, Barcelona.
- (1972): *La revolución urbana*. Alianza, Madrid.
- (1975): *De lo rural a lo urbano*. Península, Barcelona.
- MARTÍNEZ, Emilio (1999): *Robert Ezra Park. La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Ediciones del Serbal, Barcelona.
- PARK, R.; BURGESS, E. (1967): *The city. Suggestions for investigation of human behavior in the urban environment*. University of Chicago press.
- PRIGOGINE, I.; STENGERS, I. (1997): *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Alianza editorial, Madrid.
- REMY, Jean (1990): "Les courants fondateurs de la sociologie urbaine américaine: des origines à 1970". *Revista Especies et sociétés*, N° 56.
- SENNETT, Richard (ed.) (1969): *The classic schools of urban studies*. Meredith Corporation, Nueva York.
- (1991): *La conciencia del ojo*. Versal, Barcelona.
- (1997): *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza editorial, Madrid.
- (2002): *El declive del hombre público*. Península, Barcelona.
- SIMMEL, Georg (1986): *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Alianza, Madrid.
- (1998): *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Península, Barcelona.
- SPENGLER, Oswald (1966): *La decadencia de occidente*. Espasa Calpe, Madrid.
- WATZLAWICK, Paul (1995): *Teoría de la comunicación humana*. Herder, Barcelona.
- WINKIN, Yves (1994): *La nueva comunicación*. Kairós, Barcelona.
- WOLF, Mauro (1994): *Sociologías de la vida cotidiana*. Cátedra, Madrid.